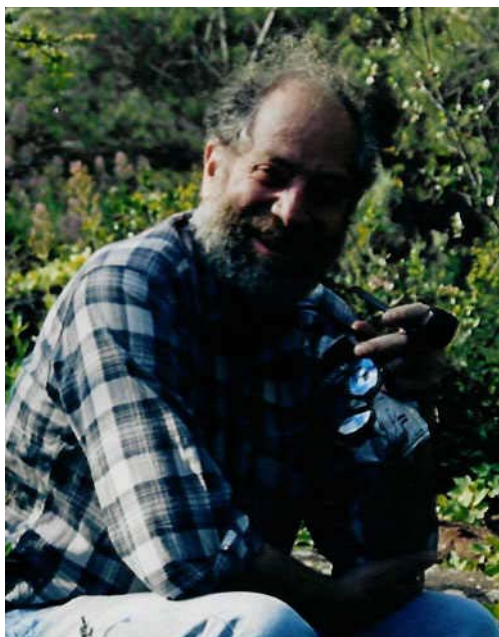


L'home de la pipa. Un homenaje personal a nuestro amigo Ramon



Es mucha la gente que puede dar testimonio de la gran capacidad de liderazgo de Ramon Garrabou, tanto en el campo de la investigación historiográfica como en el ámbito de la actividad cívica y la reflexión sociopolítica. El suyo ha sido y sigue siendo, sin embargo, un liderazgo muy peculiar, ejercido por alguien que se caracteriza por una omnipresente timidez. Ramon, ese hijo descarriado del mundo campesino de la Segarra, tan profundamente enamorado de la ciudad y la vida urbana nocturna, es la persona más incapaz de arengar, dar órdenes, aleccionar o adoctrinar a nadie que conozco. Como se diría en la vieja jerga militar, carece por completo de «voz de mando».

El secreto de su modo de ser dirigente es acompañar. Sentarse al lado de alguien, hacerle una leve sugerencia, y estar dispuesto a acompañarle fielmente en la tarea. Me resulta imposible imaginarlo diciendo: «haz esto» o «tienes que hacer tal cosa». Su manera de actuar ha sido siempre proponer algo en plural: «¿por qué no hacemos tal cosa, o tal otra?». Nunca ha estado *al frente* de nada, sino *al lado* de mucha gente con la que ha llevado a cabo innumerables iniciativas en favor de muy buenas causas, y un amplio abanico de proyectos de investigación colectivos. Siempre abriendo caminos a los demás, mientras andaba junto a ellos y ellas.

Es incapaz de mirar a nadie por encima del hombro, más bien todo lo contrario. Quizá la probada eficacia de su liderazgo reside ahí: se pone a tu lado, te sugiere una buena idea, y te convence a continuación que eres la persona indicada para llevarla a cabo. Seguro que no es verdad, pero le funciona. ¡Vaya si le funciona! Empleando un neologismo reciente surgido de la literatura sobre el desarrollo humano, Ramon consigue «empoderar» a la gente con su cálida y persuasiva compañía.

A pesar a sus hábitos de hombre metropolitano, hay algo muy campesino en su modo de dirigir acompañando. El doctor Jordi Nadal suele contar que él no es un hombre hecho para la agricultura, porque le pondría demasiado nervioso eso de tomarse el trabajo de labrar y sembrar para después esperar largos meses a ver si la cosecha crece o se

malogra por cualquier desgracia azarosa. Ese marcado rasgo de su carácter tiene bastante que ver con que Jordi Nadal se haya convertido en el gran especialista de su generación sobre la revolución industrial y la modernización demográfica. Ramon Garrabou tiene, en cambio, aquella combinación de paciencia y callada tenacidad con la que millones de campesinos han trabajado con la naturaleza para crear esos múltiples, variados y fructíferos paisajes agrarios que siempre cambian de aspecto a lo largo de las estaciones, los años, los siglos.

Como buen hijo de campesinos, Ramon no aspira a dominar la naturaleza de las cosas porque conoce el antiguo secreto de trabajar con ellas para encaminarlas en una determinada dirección: arar con suavidad o incluso cavar a mano, sembrar al vuelo con mucho tiento, esperar con paciencia a la sazón del cultivo mientras escarda incasablemente las malas hierbas, una a una, para a su debido tiempo hacer un inmenso despliegue de súbita energía en segar, trillar, aventar y ensacar la mies. Al cabo de los años, y junto a una amplia y variada cosecha escrita, las huellas de su tarea resultan muy visibles en el paisaje intelectual de la historia agraria catalana, española y mediterránea. Quizá por eso, la revolución que siempre ha interesado a Ramon Garrabou no ha sido precisamente la que ha construido nuestra modernidad industrial. Su ejemplo enseña que para ser revolucionario de esa otra revolución hace falta mucha paciencia.

Enric Tello

Universidad de Barcelona